

II Jornadas Crisis/Riff-Raff

Demandas de identidad

Víctor Herráiz





Jesús Ezquerra y Fernando Aínsa



Pascual Aguero y José Luis Rodríguez

Organizadas por *Crisis* y el colectivo *Riff-Raff* de la Universidad de Zaragoza, los días 22, 23 y 24 de septiembre de 2014 en el salón de actos de la Biblioteca de Aragón se celebraron unas jornadas sobre *Demandas de identidad* que se desarrollaron a través de tres mesas redondas. La primera mesa estuvo dedicada a la “Identidad y Multiculturalismo”; la segunda a “La Europa de las identidades” y la última a “La identidad nacional”.

Si hay un mito moderno en boga, ese es el de la identidad. Individuos, colectivos, naciones persiguen ser reconocidos como tales, encontrar su identidad. Para ello parece lógico perfilar las fronteras de qué es lo propio y de qué es lo ajeno. Ahora bien, este deseo ¿debe ser siempre a costa de remarcar la diferencia, de incrementar la *otredad*? ¿Hay o no espacio para las posibilidades de integración?

La sensación final de las jornadas fue, sin duda, la de que estábamos ante un tema complejo con múltiples caras y múltiples miradas; pero que va a ser clave, igual que el problema medioambiental, para la evolución de la humanidad en el próximo siglo XXII. Y de momento en nuestro siglo nos toca ya buscar los enfoques de paz y convivencia que reduzcan la conflictividad al mínimo posible.

Mesa I: “Identidad y Multiculturalismo” (modera Sergio Gómez; intervienen Pascual Aguero, Fernando Aínsa, Jesús Ezquerra y José Luis Rodríguez).

Sergio Gómez plantea la cuestión de si las nociones de identidad y multiculturalismo son o no contradictorias; si en realidad no somos más que una suma irremediable de identidades abocadas por el conflicto a veces latente, a veces explícito; siendo la meta de la unidad identitaria una ilusión bajo la máscara de la globalización.

José Luis Rodríguez distingue entre un sustrato común genérico, de especie, que trasciende a las individualidades, y las identidades de los individuos de la especie, de elementos variados infinitos. Desde este punto de vista hay que decir que las comunidades esconden en realidad una “ficción de unidad”. Por ello hay que aceptar las diferencias culturales, algunas de las cuales reconoce inasimilables entre sí. La pauta del multiculturalismo funcionaría no solo como proyecto social o político; sino también como un límite en aras de la convivencia: que las diferencias no sean excluyentes, que se respeten.

Para **Fernando Aínsa** estamos ante un cambio de época: hay un desmoronamiento del metaconcepto pueblo y sus frágiles bases: raíces,

religión, territorio, símbolos... Todo sistema identitario ya no será nunca puro; ya es “poroso”. La *mismidad* se comparte: es osmótica e intercambiable. Lo extranjero es hoy también elemento de cada identidad: está dentro. Por tanto, más nos vale abandonar el miedo a la multiculturalidad y aceptar la tendencia al mosaico cultural renegociando una parte de la identidad y reconstruyendo la memoria y la experiencia desde una visión irreversiblemente multifocal.

Jesús Ezquerra se remonta al mito de Dionisos, el viejo dios griego, para evocar el hecho de que el miedo al extraño, la aversión al extranjero no es más que el intento de exclusividad tan vano como ruín que precipita la tragedia y la autodestrucción. Penteo, rey de Tebas, siendo primo de Dionisos, trata a este como extranjero, negando su deidad y prohibiendo su culto. Las bacantes de Dionisos —confundiéndolo con un animal— desmembrarán finalmente a Penteo en el bosque, restableciendo el equilibrio. El error de Penteo es no aceptar al otro, no reconocerse en el diferente, no comprender que la conciencia está fuera de nosotros mismos, como decía Sartre, y que estamos habitados por *lo otro* (San Agustín, Freud, Rimbaud...) El miedo al *otro* no es otra cosa que el miedo interno a nosotros mismos, a la condición humana.

Pascual Aguero esgrime los



Fernando Rivarés



Luis Beltrán



Cristina Monge

mimbres del Derecho como herramienta para la acción. Importa destacar que el derecho a la identidad es en el derecho positivo un derecho fundamental de la persona, ya incluido en la Convención de Derechos del Niño. Y que el concepto legal de nacionalidad tiene todavía hoy su interés porque, a través de ella, el individuo es estimado en una colectividad como sujeto de derechos. Ahora, es cierto que la globalización/fragmentación es la batalla del siglo XXI. Y también que la globalización no significa sin más derecho de las personas a la emigración para encontrar su bienestar. La Unesco defiende la multiculturalidad desde el diálogo y el respeto mutuo, no del vasallaje. Pero, atención, no hay espacio para el “relativismo cultural”: toda tradición en conflicto debe ceder ante los derechos humanos, que son prioritarios. Lo marcan las sentencias de los Tribunales Internacionales.

Mesa II: “La Europa de las identidades” (modera Eugenio Mateo; intervienen Andrés Ortiz-Osés, Luis Beltrán, Cristina Monge y Fernando Rivarés).

Eugenio Mateo lanza la pregunta: Si existe una identidad europea, ¿cuáles son sus orígenes? ¿Cómo se ha construido?

Andrés Ortiz-Osés habla de tres grandes identidades que se han fusionado en la cultura europea:

Creta, Atenas y Roma. La primera sería la identidad primigenia, tribal, mítica, fuertemente emocional (la princesa Europa) y matriarcal. La segunda sería la de los pueblos indoeuropeos que conquistan el sur, aportan el aspecto político-racional, el dios patriarcal y el héroe Teseo que se impone al minotauro. Y la tercera, Roma, con la adopción del cristianismo, representaría la coagulación del norte individualista y el sur comunalista. Según Ortiz-Osés, el cristianismo sería el arma mediadora entre norte y sur, resultando de ello el producto de la democracia política abstracta. La clave está en practicar el diálogo, encontrar una ética común y no temer al mestizaje.

Luis Beltrán entiende que la identidad es el gran mito moderno. En nuestra época, lo importante es el individuo, cuyo sueño es ser hombre-dios. Hay una identidad individual, “líquida”, sujeta a roles y móviles. Y hay otra identidad colectiva, sólida, “territorializada”, marco de la aspiración a la identidad imperturbable en el cual al individuo se le reconocen sus derechos. Los conflictos y tensiones son inevitables, pero Beltrán está convencido de que la identidad es una falacia y que el hombre moderno comete un error sobrevalorándose como ente individual. Pagaremos

un precio: el choque entre civilizaciones, pero tendemos a un imperio universal y caminamos —seguro— hacia un estadio mejor para la humanidad.

A Cristina Monge la diferencia no le plantea problema: la identidad —sostiene— implica ya diferencia frente al otro. El peligro de la diferencia es cuando se convierte en hegemónica y excluyente. Mejor convivir desde el mestizaje. Respecto a la construcción de una identidad en torno a la Unión Europea, que nació como respuesta a los anhelos de paz, prosperidad y democracia, opina que se ha fracasado, pues se está todavía muy lejos de conseguir un nivel aceptable de igualdad social y política en los países miembros. Y por ello hay un riesgo de desafección.

Fernando Rivarés entabla el necesario entendimiento con el otro en el plano emocional, pues nos alimentamos de emociones y no solo de razón. Construimos sobre experiencias personales y la percepción que de ellas tenemos. Es normal sentir afinidades de grupo. Desde este punto de vista, la identidad europea es una emoción y también la construcción ideal del poder. Pero lo importante es la voluntad de vivir juntos; cabe —y es lo deseable— una Europa “horizontal” construida por abajo.



Andrés Ortiz-Osés



Fernando Morlanes, Carles Terès, Juan Manuel Aragüés, Bernardo Bayona y David Pérez Chico

Mesa III: “La Identidad Nacional” (modera Fernando Morlanes; intervienen Juan Manuel Aragüés, David Pérez Chico, Bernardo Bayona y Carles Terès)

Fernando Morlanes expone la necesidad de conocer los orígenes de la identidad. En la cultura se establece normalmente el parámetro de la lengua como rasgo de unidad cultural, pero ello no siempre es así; otro condicionante es la historia común, las tradiciones... Nos movemos en el concepto de “nación” - ¿La nación sirve a las aspiraciones de la colectividad, o solo sirve como aglutinante homogeneizador para el poder?

El debate da para mucho: la tensión internacionalismo/nacionalismo; lo emocional subjetivo y la ordenación legal política; el fondo básico, la lengua, y el proyecto de futuro como Estado aparte; las diferencias no resueltas dentro de cada Estado; los casos múltiples como La Franja; la utilización interesada del nacionalismo y el respeto a las aspiraciones legítimas de autogobierno. Ricos y pobres: ¿está el nacionalismo conectado con la diferencia social o es solo un invento burgués?; independentismo y nacionalismo ¿van siempre juntos? También hay secesionistas que no son nacionalistas...; la influencia de la globalización en las reacciones nacionalistas.

La nación es para Juan M. Aragüés “una estrategia de lavado de huellas”. Sobre el lema de nacidos en el seno de la misma nación, se presupone que todos somos iguales. Juega la ocultación, la simulación difundida por la burguesía, movida por el intento de borrar cualquier diferencia interna, cuando dentro de los propios países las diferencias y las brechas sociales son más que evidentes.

Pérez Chico destaca la importancia de la identidad personal, que es igual de inestable que la identidad nacional, como se observa hoy: en plena era de la globalización surgen numerosas propuestas secesionistas. Afirma que las identidades nacionales son por definición exclusivistas, llegando fácilmente al conflicto con el otro. Y esto pasa porque, con la globalización, el individuo pierde referencias y poder local, pero también advierte que su propio Estado no le defiende. De ahí la simpatía por construir un Estado “propio” ilusorio. No hay más camino que respetar las diferencias y prepararse para la convivencia entre diferentes.

Bernardo Bayona señala la paradoja de que los que buscan identidad demandan la diferencia. En realidad lo que solicitan es respeto y una especie de vindicación del victimismo ofendido. Fichte

y otros autores hacen descansar la identidad sobre la identidad de lengua. Pero de ahí salen más demandas de tipo político: nación diferente, Estado aparte... Hoy ha perdido peso la etnia, la tradición; influye más el horizonte político y económico. Por ejemplo, el actual nacionalismo catalán no es identitario, sino de proyecto, de futuro político.

Finalmente, Carlos Terès expone la especial situación de los habitantes de la Franja Oriental de Aragón, siempre en conflicto, con una triple pregunta: “¿Qué somos, qué debemos ser y qué se espera que seamos?” Somos —explícita— aragoneses de lengua catalana. Pero parece que hay gente para la que esto es imposible de aceptar. Por ello, una minoría renuncia al catalán por vergüenza y se sumerge en el ámbito del castellano; mientras que otra minoría abandona su definición aragonesa y adopta las enseñas catalanas. Pero lo que deseamos es sentirnos a gusto, sin presión, y compartir relaciones con las dos áreas. Aquí se ve la importancia del respeto al diferente y esto no siempre se cumple por unos y por otros. La lengua, como identidad, es importante; pero no es lo único; la identidad también se hace con la crianza individual y con la opción personal.